

cias presentadas, el director de la Mesa, Manuel Capelo Martínez, pone el final a este libro que presentamos, que hace el número 40 de los volúmenes publicados por *Anales de Moral Social y Económica* del ya tan prestigioso Centro de Estudios Sociales del Valle de los Caídos.

Emilio SERRANO VILLAFañÉ.

CLÉMENT, Marcel: *El comunismo frente a Dios*. Marx-Mao-Marcuse. Madrid, SPEIRO. 194 págs.

El comunismo es esencialmente ateo porque es antidogmático y anti-metafísico. Y si no le importa prescindir, sobre todo en la práctica, de otros «anti» y hasta, traicionando con repulsas históricas, servirse de ellas para su fines, no transige, sin embargo, ni su relativismo le permite la reconciliación con Dios, aun cuando también pretenda, sobre en los tiempos de actual confusiónismo, servirse de la religión y hasta propugnar «teologías» revolucionarias procomunistas que poco tienen que ver con Dios.

Por eso hace bien Marcel Clément titular y orientar su libro con ese dilema infranqueable: *El comunismo frente a Dios*. Porque siempre nos ha parecido un error oponer al comunismo otros *ismos* que, si diferentes en muchas cosas, no lo son esencialmente en los principios fundamentales doctrinales ni en la *praxis*. Oponerle al comunismo otro materialismo por muy revestido que esté de *progreso*; oponerle la superioridad de un tecnicismo y de un nivel de vida, unos adelantos y un bienestar materiales, es darle unos argumentos hechos para revolverse contra sus oponentes cuando el comunismo pueda —y ha podido ya— igualar y aún superar en algunos casos, a esos sorprendentes experimentos técnicos. Al comunismo no puede oponérsele sino algo que, si lo imita, deje de ser, en buena dialéctica, comunismo. Y este algo no puede ser otro materialismo, sino un espiritualismo y una concepción del hombre y de la vida que tienen unas exigencias muy lejos de las que el comunismo está dispuesto a condescender.

Ese algo integral que hoy puede oponerse radicalmente al comunismo no es otro que el cristianismo y su doctrina de la dignidad y derechos de la persona humana, de su fin trascendente, y de las relaciones entre los hombres y los pueblos basadas en la verdad, en la justicia, en la paz y en el amor. Que imite todo esto el comunismo y entonces podrá tener autoridad de captación. Pero dejará de ser comunismo. Y el comunismo no lo hará, no renunciará —no lo ha hecho hasta ahora— a su ateísmo. Y el cristianismo no podrá transigir —no obstante alguna lamentable desviación de buena fe y de buscar un acercamiento y tolerancia con las personas— con la doctrina materialista y atea del marxismo. Si el primero lo hiciera dejaría de ser comunismo, tal como hasta ahora nos le han presentado y mantienen sus autores. Si el segundo lo hiciera, caería en errores que tienen un nombre y una condenación en la ortodoxia dogmática.

Por eso y porque el comunismo se ha presentado «frente» a Dios, sólo Dios y religión pueden oponerse consecuentemente a comunismo. O, en

otros términos geográficos: frente a Rusia, Pekín u otras latitudes comunistas, sólo está Roma y no otras geografías.

Pero sabido es que si el comunismo no ha claudicado ni hecho dejación de sus principios, ni aun cuando busca sorprendentes aliados, no le importa, sin embargo, suavizar sus «métodos» prácticos con tal de obtener resultados eficaces en la *praxis*. Por ello «es hoy un deber para todos aquellos que tienen conciencia de los valores que están en juego en la agresión espiritual, a la cual se entrega el comunismo, conocer y utilizar las armas espirituales de que disponemos para cerrarle las puertas de la historia». A este propósito del autor responde el libro que presentamos, que es «una síntesis del comunismo rigurosamente objetiva pero, por decirlo así, en perspectiva».

¿Qué es el marxismo? ¿Qué es el leninismo? ¿Qué es el maoísmo?, y «El pensamiento de Marcuse», son los epígrafes de otros tantos capítulos o partes del libro, que termina con unas consideraciones sobre «El orden social cristiano».

El marxismo, síntesis de la filosofía alemana de Hegel y de la izquierda hegeliana sobre todo de Fierbach, del socialismo francés y de la economía política inglesa, es en filosofía el materialismo histórico, y en economía el materialismo económico. En definitiva, materialismo.

Estudia seguidamente Marcel Clément qué es el materialismo dialéctico para el que «la materia es autodinámica», por lo que es «un materialismo evolucionista», que se opone a lo que es metafísico, «porque los fenómenos de la naturaleza son eternamente movedizos y cambiantes, y el desarrollo de las contradicciones de la naturaleza, el resultado de la acción antagónica de las fuerzas de la naturaleza». Y esos cambios y movimientos de las contradicciones de la naturaleza pasa, en el método dialéctico marxista, por las cuatro leyes del proceso evolutivo: ley de interdependencia, ley de evolución, ley de contradicción y ley del salto cualitativo brusco. Por eso cuanto sea permanente —el Ser, la Verdad, el Bien, Dios— son inadmisibles para el marxismo. No existe el Ser, sino los seres relativos; no hay Verdad, sino algunas verdades «científicas» siempre sometidas a los incesantes cambios derivados de la evolución de la materia; no existe el Bien, sino bienes materiales que son insuficientes para la satisfacción de las necesidades. Y no existe Dios, porque el hombre le ha sustituido en un mundo, único existente, donde impera la Materia en torno a la cual y los factores de la producción surgen las demás «superestructuras».

El materialismo histórico es el resultado de la aplicación a la historia del materialismo dialéctico. Se trata de construir la historia de la humanidad desde sus orígenes hasta nuestros días, mostrando por un lado, que el desarrollo de la humanidad sólo es una parte del desarrollo de la naturaleza material, y, por otro, que la evolución social no ha sido jamás otra cosa que una sucesión de conflictos generadores de progreso. Para el materialismo histórico, la humanidad se crea a sí misma mediante el trabajo, y el trabajo constituye al acto propio del hombre, su realización, por el cual la humanidad al producirse ella misma se deifica, debiendo únicamente su creación, evolución y salvación a sí sola. «Toda la historia

de la sociedad humana, hasta hoy día —dice el *Manifiesto Comunista*— es la historia de la lucha de clases», que ha pasado por estas etapas: la comunidad primitiva, la esclavitud, la plebe, el feudalismo, el capitalismo y la dictadura del proletariado, ésta última como fase de transición hasta la «fase superior» de toda la evolución que es el comunismo.

Un punto fundamental de la sociología marxista es, según Marcel Clément, la crítica de la religión, contenida en lo que el marxismo llama teoría de la «alienación». Así caracteriza el autor de este libro el pensamiento marxista a este respecto: «Si en el pensamiento humano, simple espejo de la materia, se encontrase la existencia supuesta de una realidad no material, tal como Dios, la ley moral, el Derecho, etc., será porque este pensamiento no es «objetivo», puesto que refleja algo diferente de la realidad material. Luego la religión no es verdad objetiva... Pero los que creen en Dios no solamente representan en su pensamiento una realidad no material, sino que aún más, se hacen dependientes de ella. Se han hecho, por tanto, *extraños* a su propia naturaleza... están «alienados».

La alineación, para el marxismo, es la deshumanización del hombre. Porque el humanismomarxista endiosa al hombre de tal modo que no puede estar sometido a sí mismo, y hace girar toda la realidad en torno al hombre trabajador. Y si el hombre también está «alienado» en el trabajo (alienación económica, alienación del trabajo) y en la política (alienación política), sólo un cambio en las condiciones de producción y del trabajo podrán «liberarle» de tanta alienación.

Si Marx y Engels fueron los teóricos del comunismo, Lenín «ha sido el director de escena», el ejecutor práctico de los principios marxistas. Para Lenín la estrategia, el instrumento y la táctica de la revolución son, respectivamente, la dictadura del proletariado, el partido de los revolucionarios profesionales y las alianzas y compromisos. El objetivo de Lenín «consiste en realizar, con una independencia moral sin límites, una humanidad absoluta». Para esto, el medio es la dictadura del proletariado, que es «una lucha encarnizada, sangrienta, sin piedad, la lucha a muerte entre dos clases, dos mundos, dos épocas de la historia universal». Lenín —dice Clément— «se esforzó por racionalizar y organizar el odio. El mundo cristiano comprueba los resultados».

Después de definir Lenín la estrategia de la revolución como el establecimiento de la dictadura del proletariado en el mundo entero, y de haber concebido y forjado el instrumento para llevarla a cabo, el partido comunista, Lenín desarrolló, amplia y prácticamente, cuál debería ser la táctica o tácticas a utilizar dentro y al servicio de dicha estrategia. Y con tal de conseguir sus fines y porque el fin justifica los medios, éstos son de lo más sorprendente: la invocación a la «paz» y la «libertad» hasta querer monopolizarlas, siendo así que el comunismo hace de la vida, individual y colectiva, una actividad de lucha y de revolución, y cuando con el mayor cinismo sojuzga y esclaviza a los pueblos que han querido alguna libertad. Y hasta pretenden ahora también, en manifiesta contradicción con sus principios —a los que, por otra parte, no renuncian— alianzas y compromisos *extraños* que sólo a incautos o tontos pueden atraer. ¡El comunismo ateo y, por ello esencialmente malo, buscando

alianzas con la religión! Pero la táctica es la táctica. El comunismo es doctrina, ideología, estrategia y, sobre todo, *praxis*. Marx, Lenín y Stalin representan bien estos momentos.

Por lo que se refiere al maoísmo, si el marxismo es una filosofía con resonancia profética, y el leninismo y stalinismo es una estrategia y una táctica de la revolución, el maoísmo es «una aplicación particular del marxismo-leninismo, y su aspecto más original parece ser la guerra revolucionaria y la revolución cultural». Las técnicas psicológicas y su influencia en la guerra subversiva, y la revolución cultural como medio de «formar» y «predisponer» a los hombres sobre todo a la «masa» amorfa —que es de por sí inerte y sólo puede ser movida desde fuera—, son bien conocidas de Mao-Tsé-Tung para quien «cuanto más ampliamente preparadas estén las masas populares, tanto más rápidamente se efectuará el proceso histórico, tanto más poderoso será el ritmo de su desarrollo, y tanto más importantes serán los resultados».

La guerra revolucionaria pasa por cinco fases: En la primera de ella, en primer lugar, es preciso elegir la ideología que ha de servir de objetivo a la guerra revolucionaria; en segundo lugar, es preciso formar a los hombres que conducirán la guerra, es decir, a los revolucionarios profesionales; seguidamente hay que «sembrar» mediante propaganda fanática esa ideología en la población. Con estos tres objetivos de la primera fase se ha «planteado el problema». La segunda fase, y una vez conseguido según Mao-Tsé-Tung el «frente único de las diferentes tendencias que puedan coexistir para hacer una guerra revolucionaria», se presenta esencialmente como una fase subversiva. Se tratará de aumentar y de fortalecer a las fuerzas revolucionarias, de controlar la población y, simultáneamente, de causar la impotencia o el letargo de las fuerzas contrarrevolucionarias. Mientras que el objetivo de la segunda fase (mediante la actuación revolucionaria de los revolucionarios profesionales, del desarrollo de la propaganda en la clase intelectual y de la agitación) consiste en abrir un foso psicológico entre la masa que hay que conquistar y el gobierno establecido que hay que destruir, el objetivo específico de la tercera fase es el establecimiento de una base territorial en la que ya las fuerzas del orden no puedan actuar, y que juega un gran impacto en la escena diplomática (sabido es que si se «reconocen» con gran dificultad a los «gobiernos» fantasmas trashumantes, no sucede así cuando esos gobiernos han conseguido asentarse sobre una porción de su propio territorio por pequeño que éste sea) en donde definitivamente se ganará la guerra revolucionaria. La cuarta fase es esencialmente militar. Cuando la base ha sido conquistada, la representación diplomática establecida, y la población psicológicamente dominada, resulta posible organizar la guerra de «guerrillas» y hasta reagrupar éstas en un ejército «regular», que asegure la protección de la organización político-administrativa y se empeñe en acciones puramente militares, demostrando así, en el plano nacional e internacional, la presencia multiforme de las fuerzas revolucionarias; que, a su vez, ese ejército se dedique a destruir los focos de resistencia, sembrando el terror en las zonas en las que la población haya sido poco sensible a la propaganda revolucionaria.

Cuando las cosas han llegado a este punto, nos encontramos ante un país minado por la propaganda subversiva, agotado por vivir en un terror permanente, por la miseria y la inseguridad, y moralmente divorciado del gobierno que no ha sabido protegerle contra todos esos azotes. El fin es fácil de ver: la «contraofensiva general» del «ejército de liberación» termina con el triunfo de la subversión y de la revolución.

Pero, no obstante, estas coincidencias de medios. la crítica y condena de Mao tanto del capitalismo americano como del «revisionismo ruso» —en la medida en que ambos tienden a formar un hombre-consumidor, totalmente absorvido por una organización que le transforma en un animal condicionado que cada vez aspira a un nivel de vida creciente— ha de ser hecho por Herbert Marcuse, aun con la aparente distancia entre el pensamiento de uno y otro, porque los dos buscan promover una revolución cultural, que llegue directamente al interior del hombre, a su psicología, a su espíritu.

Para Marcel Clément, Marcuse «es un discípulo; no es un creador genial». Después de leer y asimilar a Marx y a Freud, «se esfuerza por conciliar y rebasar ambas construcciones mediante un sistema único, que pretende adaptar a la situación contemporánea». Marcuse somete a proceso a Marx (el socialismo —dice— ha sustituido una forma de dominación por otra) y a Freud (pretendiendo demostrar «la posibilidad de un desarrollo no-represivo de la libido») no obstante declararse socialista y freudiano, como se declara ateo con un ateísmo absoluto.

¿Moscú? ¿Pekín? ¿O qué? son otras tantas preguntas que se hace Clément para dar una respuesta «en el crepúsculo de un período del mundo neo-pagano e individualista nacido del Renacimiento, de la Reforma y de la Revolución Francesa». Ni el liberalismo económico —que «está muerto»—, ni el comunismo fracturado en diversos bloques y que solamente se sostiene por la violencia. Ni Moscú, ni Mao, ni Marcuse; ni el totalitarismo marxista, ni el erotismo universal pueden colmar al corazón. El mundo a rehacer —dice Clément— «no es un mundo en comunismo, sino un mundo en comunión».

—Y esta solución —termina el autor— sólo puede darla el orden social cristiano, «contra el que no prevalecerán las fuerzas del infierno», pero ante el que «no tenemos derecho, en absoluto, a conducirnos como simples espectadores». Es precisa una victoria de la fe, de la esperanza y de la caridad cristianas. Es preciso rehacer una sociedad en la que la dignidad de la persona humana, de la familia, de la corporación profesional, de las instituciones naturales y grupos históricos, de la nación y del Estado queden basados y garantizados en el orden social cristiano, en el que la propiedad, las clases sociales y la sociedad de los Estados encontrarán el Derecho natural la crítica y límites de la sociedad individualista, de los Estados nacionalistas y de la economía liberal.

Tales son las grandes líneas de la política natural y su pleno valor cristiano.

Emilio SERRANO VILLAFañÉ.